

rra con una compañía de minadores y la escolta de infantería á las órdenes del general Serrano, sostenidos por la brigada de coraceros, y dejando la posición que antes ocupaba la artillería protegida por dos escuadrones de lanceros, á las órdenes del brigadier conde de la Cimera, el cual tenía además la misión de mantener libre el llano de la espalda.

» Rehecho, empero, el enemigo, se organizó en el segundo aduar y vino de nuevo á la carga por el frente y derecha, trabándose una sangrienta lucha en la que ambos partidos pelearon con encarnizamiento para quedar con la victoria.

» Nuestro frente tuvo, no obstante, que ceder abandonando el primer aduar; pero mientras el batallón de Luchana salía al encuentro para sostener el choque de la derecha, el general conde de Reus, puesto al frente del primer batallón de León y de un escuadrón de coraceros volvió á reconquistarlo.

» Otra carga desesperada del enemigo hizo ceder de nuevo á nuestras fuerzas avanzadas; pero lanzándose el conde de Reus con el primer batallón de Navarra, y cargando también á la vez un batallón de Toledo con el brigadier Navazo, volvió á quedar en nuestro poder la posición disputada.

» El enemigo tomó entonces nuevas posiciones á retaguardia, y el fuego continuó haciéndose cada vez más nutrido.

» En todas estas operaciones la brigada de coraceros, mandada por el general Galiano, y guiada por el brigadier Villate, compartió con la infantería todos los peligros, derramando abundante su sangre en las decididas y brillantes cargas que dió al enemigo, á pesar de que el terreno no se prestaba bien á la acción de esta arma.

» Al principio del período de esta jornada, notando yo el vivo fuego de cañón y de fusil que de nuevo se empeñaba hacia la izquierda, previne al general García, mi jefe de Estado Mayor, que se trasladase á aquel costado dándole mis instrucciones: así lo verificó en efecto, llegando en los momentos de más empeño; y viendo la necesidad de reforzarlo prontamente, previne al general Ros que avanzase las primeras fuerzas que tuviese reunidas, quien mandó al brigadier Cervino con su brigada, con cuyo refuerzo el conde de Reus quedó en disposición de obrar resuelta y ventajosamente.

» Mientras se recibía aviso de lo que acontecía en mi izquierda, dispuse avanzar al centro amenazando la línea de retirada del enemigo; para ello ordené al general O'Donnell que con cuatro batallones descendiese al llano de la derecha cubierto con la numerosa caballería enemiga: al general Echagüe que

con los otros cuatro y corriéndose por la cresta de las posiciones, descendiese á atravesar el río Buceja por el puente, y yo con mi escolta, un batallón, dos baterías del segundo regimiento montado y otra de montaña, y protegido por dos escuadrones de lanceros, marché por el centro, y atravesando el Buceja por un vado me lancé sobre el frente siguiendo la dirección del camino que conduce al Fondack, llevando á mi derecha al general Quesada con dos batallones de su división. Este ataque resuelto, los esfuerzos que hicieron las tropas de mi izquierda con el general conde de Reus y la marcha del general O'Donnell por la derecha, desconcertaron á los marroquíes y decidieron la jornada: el enemigo abandonó todas las posiciones que aun sostenía, y en la imposibilidad de reunirse porque habíamos atravesado y roto su extensa línea, se retiró precipitadamente en todas direcciones, llegando yo á situarme á las cinco de la tarde en las mismas posiciones en que tenía su campo, el cual había levantado y retirado las tiendas con la mayor precipitación.

» El general Ríos, venciendo todas las dificultades y en virtud de mis órdenes, vino á tomar posición sobre el puente de Buceja, formando mi segunda línea y cubriendo mi comunicación con Tetuán, que completaba el general Makenna con la primera división de reserva establecida entre el puente y la plaza, lo que me era de absoluta necesidad para retirar el crecido número de heridos que habíamos tenido durante la batalla. Este hecho de armas ha sido uno de los más empeñados en la campaña. El enemigo, viéndose atacado en sus mismos puestos y escogidas posiciones, en la importante línea que no sólo conduce á Tánger sino á la capital del imperio, hizo esfuerzos extraordinarios; no sólo el valor y el fanatismo lo conducían, sino que la rabia se había apoderado de él, y parecía el último y desesperado esfuerzo de un ejército que defiende su país y su independencia. No hubo una posición perdida que no intentaran recuperar, y se multiplicaron los hechos en que españoles y moros se mezclaron encomendando al arma blanca la decisión de estas luchas, cuyo resultado siempre nos fué favorable.»

Puede comprenderse por lo que antecede, lo que hubo de sufrir nuestro ejército durante la gloriosa lucha que acabamos de reseñar.

Felizmente el combate del 23 fué el último; quedó ajustada la paz, y Tetuán en poder de los españoles hasta tanto que se completase la entrega de los cuatrocientos millones de reales que era la indemnización de guerra.

La noticia de la toma de Tetuán fué recibida con grandes muestras de gran júbilo en España. Pero cuando se supo la celebración de la paz en la misma, muchos mostraron su descontento criticando los actos del general en jefe del ejército, porque siempre se había creído que la paz sólo se ajustaría después de haberse apoderado de Tánger.

Pero en realidad no debía criticarse una paz que indemnizaba los gastos de la guerra, ampliaba nuestro territorio al par que enaltecía á España y su ejército en sumo grado, á pesar de todo cuanto en contra de esta opinión se ha dicho.

Respecto á este particular no podemos menos de transcribir á continuación las siguientes líneas de un notable historiador moderno:

«La guerra de África, dice, demostró la virilidad española, que no había degenerado la raza de aquellos heroicos soldados que lo mismo conquistaban imperios en Oriente que el Nuevo Mundo en América; dió ocasión á ejecutar uno de esos rasgos que nos son característicos, pagando en aquellos apuros á la Inglaterra una deuda atrasada de cuarenta y nueve millones de reales, que tuvo el atrevimiento de reclamar en tan críticas circunstancias, y si no consiguió O'Donnell su objeto de unir á los partidos políticos, mostráronse afectos los más liberales y el pueblo, al que había cañoneado cuatro años antes, lo vitoreó y le arrojó coronas.

» Hubo faltas, cometiéndose defectos ¿qué obra humana no los tiene? consignados están ya; pero España conquistó innegable gloria y adquirió legítima importancia.»

Veamos entretanto por qué medios y qué razones hubo para que mientras nuestro ejército se cubría de gloria en África, en la península se tratara de llevar á cabo una intentona, por los enemigos del progreso.

Tal fué el pavor que produjo en la corte la revolución de 1854, que se convirtió en conspiración contra las ideas que representaba.

Disgustada la Reina con los progresistas é inclinándose á aceptar las ideas del Rey, que eran las de reconciliar la familia real, creyendo que de esta manera podía evitarse la guerra carlista que amenazaba, comisionóse á don Eugenio Ochoa, quien habló en 10 de Febrero de 1855 con don Antonio de Arjona para efectuar una entrevista en armonía con las ideas de la Soberana.

Aceptada ésta, tuvo lugar en el regio alcázar, en la que manifestó el Rey «que bajo la base de respetar los derechos de la Reina, quería la reconciliación para oponerse todos al enemigo común, para

cuyo designio había tenido con el conde de Montemolín una larga correspondencia antes de su matrimonio, de la cual no se había hecho un uso prudente, ocasionándole con posterioridad graves disgustos, cuando su objeto no había sido otro que el de evitar que un extranjero, aun cuando fuera Borbón, ocupase el trono de España, considerando que su primo debía ser preferido á él, y en vista de su negativa absoluta se decidió al matrimonio para servir por lo menos de obstáculo á males que de otro modo hubieran ocurrido; que el mayor peligro estaba en los carlistas á quienes creía ayudaba Napoleón, y que combatir el trono de la Reina era destruir la dinastía borbónica.»

Resuelto por fin en esta conferencia el que se enviase una nota diplomática al conde de Montemolín, le fué enviada ésta con las condiciones en que podía gobernar la nación española.

Otras proposiciones idénticas á las que había recibido remitió el conde de Montemolín, y como coincidiese esto con la muerte de don Carlos María Isidro, padre de aquél, don Francisco de Asís le escribió una sentida carta dándole el pésame y en la que se condolía de la separación de tantos años y mostrando vehementes deseos de poder estrechar con premura las distancias entre la familia.

El 29 de Marzo contestó don Carlos Luis con otra larga epístola, en la cual entre otras cosas decía, que estaba resuelto á hacer cuantos sacrificios fueran compatibles con su conciencia y honor al objeto de reconciliarse de veras con su amada familia.

Tanto esta carta como la nota que la acompañaba fué entregada por Arjona al Rey en presencia de Ochoa, y tanto para la resolución de ésta como respecto á la cuestión de orden público actual, quedó el Rey en resolver de acuerdo con la Reina.

Arjona reiteró al Rey su deseo de llegar pronto á un acuerdo y en la conferencia, que se prolongó hasta dos horas, el Rey insistió en la necesidad de combatir la revolución.

Pero no por esto quería que imperase el despotismo, sino que antes por el contrario, deseaba la publicidad como correctivo contra las arbitrariedades del poder, acusando finalmente de conspirar contra la Reina, á los conservadores.

Los moderados comunicaron á Montemolín sus proyectos de destronar á la Reina, pero aquél no quiso aceptar el movimiento sin que antes le fuese precedido un pacto de familia.

Las negociaciones para la tan deseada reconciliación de familia no obtuvieron resultado alguno,



y á pesar de haberla intentado por otro conducto nada se hizo por entonces, tal vez porque la contrarrevolución disipó los temores de la Reina, que se creyó más asegurada en el trono, y si bien es verdad que no se prescindió por completo de ciertas alianzas é inteligencias, se pensó en más vasta empresa.

Nombróse al efecto una comisión regia por Montemolín, cuya comisión llegó á ser realmente un Estado dentro del Estado, dada la influencia de que disfrutaba.

En el nuevo plan de los carlistas, entró el de admitir cuantos elementos extraños al partido se presentaran, con tal de que fueran valiosos, y merced á esta circunstancia entró en ellos, aun cuando de una manera reservada, el general don Jaime Ortega.

Aprovechándose de la circunstancia de desempeñar éste la capitania general de las Baleares, don Carlos, con su hermano don Fernando, Elío y Quintanilla llegaron á Palma, donde en una pequeña escuadra compuesta de cinco vapores y dos buques de vela embarcáronse con las tropas que había en aquellas islas, dirigiendo el rumbo á San Carlos de la Rápita.

Habíase contado con algunos otros alzamientos, pero éstos faltaron, y si bien las expediciones desembarcaron en San Carlos y llegaron felizmente hasta Amposta, no habían contado con el espíritu del ejército que comenzó á murmurar al dirigirse hacia Tortosa, que de las murmuraciones se pasó por algún oficial á pedir explicaciones al general y tras éstas, al dar éste el grito de viva Carlos VI, las tropas respondieron con el de viva Isabel II, quedando preso el general, fracasada la intentona y en fuga vergonzosa, don Carlos y sus compañeros.

Conducido á Tortosa, se le juzgó y sentenció á muerte, la que recibió con valentía. En Vinaroz se prendió á Elío, á quien se encarceló en el castillo de Tortosa, donde también estaba Ortega.

Cogido por la guardia civil, don Carlos y su hermano en una casa de Uldecona, fué también conducido á Tortosa, donde renunció al derecho que creía tener sobre la corona de España, pero pocos días después se retractaba de la anterior renuncia.

Cierto que al desembarcar don Carlos en San Carlos de la Rápita, no se realizó el pronunciamiento en el resto de España, pero en cambio se alzaron en armas algunas partidas, que fueron sofocadas y extinguidas, con el fusilamiento de algunos infelices obreros de las minas de Baracaldo y de Carrión, en Palencia.

Objeto de reclamaciones, que experimentaron

diferentes vicisitudes, fué la indemnización de los daños causados á los españoles durante la guerra de la independencia mejicana, cuyos sucesos fueron agravados por los excesos cometidos con algunos españoles y por la guerra civil que se produjo en aquella República.

O'Donnell que consideraba propicia aquella ocasión para adquirir mayor popularidad, preparando una expedición á Méjico, arreció sus reclamaciones, dió comienzo á sus preparativos belicosos, pero don Joaquín Francisco Pacheco, destinado como embajador en aquella República, no mostró gran acierto al presentar sus credenciales al pretendiente más desprestigiado, en términos que fué derrotado á los pocos días.

Expulsado nuestro representante, preparóse en Cuba una expedición, á cuyo frente se pusieron los generales Serrano y Rubalcaba; pero Francia é Inglaterra, cuyas relaciones con los mejicanos también estaban muy tirantes, temiendo que los españoles por sí solos llevasen á cabo aquella expedición, se propusieron obrar enérgicamente, pero por sí solas.

Estas naciones, prescindiendo por completo de los españoles, iban ya á apoderarse de las aduanas de Veracruz y Tampico, pero una nota enérgica del Gobierno español les contuvo y obligó á firmar en Londres el convenio de 31 de Octubre de 1861 para la común acción de Inglaterra, Francia y España, en el que se obligaban á no ejercer influencia en los negocios interiores de Méjico.

Confiado el mando de las tropas españolas al general Prim, en Veracruz, donde se encontraban las que se habían reunido en la Habana, esperaron las escuadras aliadas y una vez unidos los tres jefes expedicionarios, hicieron publico que no llevaban proyectos de conquista, de restauración ó de intervención en su política y administración, aceptando la independencia de aquel país.

Pero poco después, con la llegada de Miramón quedaba demostrada la falsedad de aquellas ofertas, puesto que Francia llevaba ya el que había de ser monarca de Méjico, y España aspiraba á que lo fuese una princesa.

En algunas de las quince conferencias que los plenipotenciarios verificaron en Veracruz, no armonizaron mucho, y Prim ajustó con el ministro mejicano Doblado, en Soledad, los preliminares de las conferencias que se habían de celebrar en Orizaba, á las que tanto España como Inglaterra deseaban que asistiera Lagravriere, que según había manifestado, obraba por su cuenta.

Entretanto los aliados ocupaban á Córdoba, Ori-



BENITO JUAREZ, EX-PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA MEJICANA